

Recetas para frenar el deterioro del idioma en el ámbito del periodismo científico

Mercè Piqueras*

Dos artículos recientes del presidente honorífico de la Asociación Española de Periodismo Científico, Manuel Calvo Hernando, me han llevado a reflexionar sobre el uso de la lengua en los medios de comunicación. Me refiero, concretamente, al editorial del último número de *Panace@* (6 [19]: 1-3; <www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n19_editorial.pdf>) y al artículo «Cómo combatir el deterioro del idioma», publicado en el número 43 (febrero-marzo del 2005) de la revista electrónica mejicana *Razón y Palabra* (<www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/anteriores/n43/mcalvo.html>).

No me extraña que Manuel Calvo se muestre tan pesimista por el deterioro de la lengua. Aunque hay excepciones, la mayoría de los periodistas, cuya principal herramienta de trabajo es la lengua, no la cuida como debería. Y ese problema está aún más extendido entre los que se dedican al periodismo científico.

Aun que ya sé que «mal de muchos, consuelo de tontos», es cierto que la lengua castellana no es la única que se empobrece. El deterioro y empobrecimiento de la lengua parece ser un fenómeno que se da por todas partes, tanto en los idiomas hablados por muchos millones de personas como en los que son minoritarios. Lo curioso es que hay un tipo de vicios del lenguaje que se repite en lenguas diferentes (o quizá no tenga nada de curioso y sea lo lógico). El ya tan arraigado «a nivel de», por ejemplo, se usa cada vez más en castellano, catalán, inglés, italiano y quizá también en otras lenguas.

A las personas que de manera natural hablamos dos lenguas, a veces se nos presentan dudas sobre lo que es correcto en una y en otra. Pero lo malo es que no se nos presenten esas dudas y se nos escapen errores en una lengua por influencia de la otra. Yo suelo releer mis textos en castellano para corregir errores que sé que cometo con frecuencia si no estoy atenta. Por ejemplo, no poner el artículo cuando escribo *la mayoría de... (los/las)*. O que se escape una *i* donde debe ir una *y* (conjunción) o *són* en vez de *son* (verbo ser), etc.

Actualmente ostento un cargo en la junta directiva de una asociación de periodismo científico. En esa asociación intento aportar mi granito de arena para que la lengua (en nuestro caso la catalana) no reciba los malos tratos a los que la tienen acostumbrada los medios de comunicación. Muchas veces me dan ganas de tirar la toalla. Estoy harta de corregir memorias, actas de reuniones, los textos de nuestro boletín y otras publicaciones y que una y otra vez se repitan los mismos errores. Y de que la gente empiece a hablar como lo hacían los nativos americanos en las películas de hace cincuenta años, comiéndose una parte de la frase y diciendo

cosas como (sólo falta el pronombre personal antes del infinitivo): « [yo] deciros que lo que tratamos en la reunión... » o « [yo] comunicaros que... ».

George Orwell escribió el ensayo *Politics and the English Language*, que no tiene desperdicio (véase *Panace@* 2001, 2 [4]: 77-79; <www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n4_Plumero.pdf>). Intento adoptar, aunque muchas veces no lo consiga, sus seis reglas básicas sobre el inglés, que son aplicables también a otras lenguas:

Orwell's Six Rules

1. Never use a metaphor, simile, or other figure of speech which you are used to seeing in print.
2. Never use a long word where a short one will do.
3. If it is possible to cut a word out, always cut it out.
4. Never use the passive where you can use the active.
5. Never use a foreign phrase, a scientific word or a jargon word if you can think of an everyday English equivalent.
6. Break any of these rules sooner than say anything outright barbarous.

Creo que coincide con lo que escribe Manuel Calvo sobre el lenguaje periodístico en el artículo de *Razón y Palabra*:

En el lenguaje periodístico hay que procurar la economía de expresión y evitar el pleonismo, la redundancia, lo superfluo, si queremos alcanzar eficiencia y concisión. Pero sin extremos, ya que la concisión máxima suele equivaler a ambigüedad y la efectividad de una comunicación depende tanto de que ésta sea breve como de que sea inequívoca. Como en la función empresarial, es necesario conseguir la máxima eficacia con el mínimo coste. Es cierto que la riqueza de vocabulario es cualidad positiva del periodista y del escritor, pero también lo es que con un mínimo de voces y de giros pueden expresarse muchos matices.

Y también con los criterios de la Sociedad Interamericana de Prensa:

- Escribir frases cortas.
- Preferir lo simple a lo complicado.
- Preferir lo concreto y desechar lo abstruso.
- Usar palabras comunes.

* Vicepresidenta de la Associació Catalana de Comunicació Científica, Barcelona (España).

Dirección para correspondencia: mercepiqueras@wanadoo.es.

- Omitir palabras innecesarias.
- Emplear verbos en voz activa.
- Redactar con sencillez, naturalmente.

Sobre el uso de las metáforas para explicar los hechos científicos, hace unas semanas disfruté con un breve artículo de divulgación que, mediante metáforas sacadas de la vida cotidiana, explica de manera comprensible conceptos de la física de partículas tan abstrusos para mí como los bosones, el condensado de Bose-Einstein, o los fermiones.

Es el artículo que ganó el Premio Joan Oró 2004 de Comunicación de la Investigación Científica, instituido por la Associació Catalana de Comunicació Científica (ACCC) para estimular a los jóvenes investigadores a divulgar su trabajo. Algo parecido a lo que hace la revista *New Scientist* desde hace años. El artículo premiado, que puede descargarse en la dirección <www.acccnet.net/papers/GuanyadorJMurAparellultrafred.pdf>, es un ejemplo del buen uso de las metáforas y de un lenguaje sencillo para la divulgación.

Sport life

Bertha Gutiérrez Rodilla

Universidad de Salamanca (España)

Con la llegada de la primavera, la mayoría de los *magazines* activan las sirenas de *emergencia* que avisan a las mujeres de que se acaba el tiempo de que disponen para conseguir un cuerpo 10, antes de mostrarlo en toda su *algidez*¹ celulítica en la piscina.

Yo practico *do-in*² para combatir el *neostrés*.³ Y, además, este largo invierno he tratado de compatibilizar mis visitas a lugares *cocooning*⁴ con saludables y atractivas cenas *veggie-chic*.⁵ A pesar de todo ello, debo confesar que mi cuerpo no está en condiciones de enseñárselo a nadie. Y, como entre mis *ADL*⁶ no se encuentra el hacer un ejercicio que machaque mi *body* como Dios manda; y, sobre todo, como mi *content room*⁷ está completamente sumergido en el *hi-tech*⁸ —por lo que no pega ni con cola que ponga en él una *abdominal board*⁹—, he pensado que lo mejor es que me matricule en un gimnasio. Así que, ni corta ni perezosa, me he ido esta tarde al *Sport Life*, que está cerca de mi casa, para *demandar* información. Pero, sinceramente, no consigo aclararme, dada la *oferta* tan amplia e innovadora de actividades que hay y dados, también, los nombres que las designan y las explicaciones que los acompañan: puedo hacer *spinning*, que es como un «ciclismo para chicas», o practicar *staby*, una «nueva clase colectiva en la que se usa una pértiga corta que vibra con nuestros movimientos» (!). También es posible que me olvide de la natación normal y haga *swap* con música, o que deje de lado el *tradicional* aeróbic e ingrese en una especie de *Escuela de sirenas* que es el *aquagym*. Si lo que quiero es «yoga en femenino», para eso está el *body balance*; pero, si lo que busco es un aeróbic con «coreografía basada en patadas, puñetazos, codazos o rodillazos» —no sé si esto lo podrían definir como «aeróbic en masculino»—, debo inclinarme por el *cardio-thai*. Siempre me queda la posibilidad del *bodypump* —hacer pesas siguiendo una coreografía— o, mejor, los *pilates*, que es una forma ligera y suave de hacer ejercicio... y muchas, muchas cosas más.

Como me he quedado agotada sólo de escuchar todo esto y como, al fin y al cabo, ya tenemos el verano encima —por lo que no me va a servir de nada ir ahora a un gimnasio—, lo voy a dejar para el curso que viene. Mientras tanto, desde mi *lounge area*, practicando el mejor de los deportes que existen que es el *lounging*,¹⁰ voy, mejor, a seguir un curso aceleradísimo de inglés vía *digital*; porque, cuando nos queramos dar cuenta, la *Spanish omelette* ya no se hace con patatas, sino con *chips*.

Notas:

¹ En medicina, frialdad glacial; mal empleado aquí por *plenitud*.

² Gimnasia japonesa que potencia el bienestar físico y restablece el equilibrio mediante técnicas zen.

³ Denominación que engloba las enfermedades propias de la sociedad actual, tales como el *burning* o el *mobbing*, por ejemplo.

⁴ Tendencia *new domesticity* que lleva a crear en bares, restaurantes, hoteles, etc., un ambiente hogareño, a base de sofás, chimeneas, fotografías, estanterías..., para que los clientes no se sientan «fuera del nido».

⁵ El intento de hacer divertida la aburrida comida vegetariana.

⁶ *Activities of Daily Living*, lo que uno hace a diario, como comer, lavarse, dormir...

⁷ Como se llama ahora al tradicional *living room* o salón de la casa, donde a la mesa, sofá y televisión se han añadido el ordenador, la *play station*, el DVD...

⁸ Abreviación de *high technology*; y, también, estilo de diseño de interiores que trata de reproducir ambientes altamente tecnificados (¿o debería decir *tecnologizados*?).

⁹ Tabla, o mesa, o cama, o *banco* para trabajar los músculos abdominales.

¹⁰ Comer, leer, dormir o ver la televisión, por ejemplo, tumbados en el sofá.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*, del Centro Virtual Cervantes (<<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>)